

# Adolfo García Ortega

## Lobo



Galaxia Gutenberg

ADOLFO GARCÍA ORTEGA

# Lobo

Galaxia Gutenberg



Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: junio de 2026

© Adolfo García Ortega, 2026  
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2026

Preimpresión: Fotocomposición gama, sl  
Impresión y encuadernación: Romanyà-Valls  
Plaça Verdaguer n.º 1, 08786-Capellades  
Depósito legal: B 587-2026  
ISBN: 979-13-88019-03-6

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

## *Nota y dedicatoria*

*Esta edición de Lobo corrige las erratas y los errores de ediciones anteriores, lo cual es un alivio para quien lea la novela así como para su autor. Por esta razón, la dedicatoria es para mi hija Elena, quien ha cuidado esta obra con atención, resolución y cariño. Y en cuanto a cariño, aquí va el mío, enorme, hacia ella una vez más.*

¡Oh! Siempre llegarás a alguna parte –dijo el Gato–  
si caminas lo bastante.

LEWIS CARROLL,  
*Alicia en el País de las Maravillas*

Yahvé había dispuesto un pez muy grande para que  
se tragase a Jonás.

JONÁS, 2, 1

I

## AVERIGUACIONES

Dos escaleras mecánicas de la estación de metro de Gran Vía, en la Red de San Luis de Madrid, ardieron pavorosamente a las cuatro de la tarde del 18 de noviembre de 1980. En el incendio perecieron treinta y tres personas, y otras ciento veinticuatro resultaron heridas con quemaduras y síntomas de asfixia. Posteriormente, el Departamento de Incidentes del Cuerpo de Bomberos, tras analizar las conclusiones de los primeros exámenes periciales, publicó una escueta nota para la prensa en la que se indicaban las causas del siniestro.

Acerca del origen del incendio, la hipótesis se refería a una pequeña e insignificante colilla. La habían arrojado aún encendida en los últimos peldaños de una de las escaleras mecánicas. Tal hipótesis atribuía el nacimiento de ese primer foco de ignición a un descuido involuntario o a la casualidad. También éste podría ser –según la nota de prensa del Cuerpo de Bomberos– una cerilla prendida y avivada por el aire al caer sobre los estriados escalones de la cinta mecánica.

Se descartó desde el principio la premeditación o el atentado terrorista, ya que las circunstancias no propiciaban un hecho de tales consecuencias. Provocar un incendio en aquel lugar habría sido más difícil que ocasionarlo fortuitamente, de esto no les cabía duda a los

peritos. Además, la hora, bastante poblada de pasajeros con prisas, el estrecho margen de impunidad para el pirómano, y, muy especialmente, la incapacidad material de ejecución evidenciaban a todas luces un origen azaroso.

En cambio, los bomberos tenían absoluta certeza de cómo empezó el fuego. El foco de ignición, ya fuese la colilla de un cigarrillo o un fósforo sin apagar, prendió en la borra de polvo e hilos que, mezclada con la grasa de la maquinaria, se acumulaba en los engranajes de la escalera.

Durante años se había formado entre las rendijas del armazón una capa de tejido áspero y basto como la borra, conglomerado con los residuos de aceites empleados para el rodamiento de los cojinetes. La ignición de ese forro idóneamente combustible se propagó en pocos segundos por todos los elementos plásticos de la escalera. Desde que se instalaron en la salida de uno de los pasillos de Gran Vía, aquellas escaleras nunca habían sido desmontadas ni limpiadas. El breve informe del Departamento de Incidentes del Cuerpo de Bomberos supuso una alarmante preocupación para el Gobierno, ya que, después de algunas averiguaciones a raíz del accidente, la prensa de toda España recogió el dato escandaloso de que apenas el tres por ciento de las escaleras mecánicas del país había sido desmontado y limpiado alguna vez desde la fecha de su colocación.

Nueve horas tardaron los bomberos en sofocar el incendio. Sus labores habrían de resultar mucho más arduas y peligrosas de lo que en un principio se preveía. La situación de las escaleras mecánicas, en medio de un nudo de corredores que hacía las veces de tiro de aire, dificultó mucho las tareas de extinción y el rescate de las víctimas.

Las llamas renacían una y otra vez, crecían avivadas por la ropa de los cadáveres apresados en la siniestra pira. Algunos pasajeros del metro llevaban ese día botellas de aceite y otros materiales inflamables que extendieron el fuego hasta las inmediaciones de las vías. Algo realmente extraño, para ser un incendio en un acceso de entrada, fue el hecho de que se hallaran cadáveres quemados entre las ruedas de un convoy.

El primer frente de bomberos, compuesto por seis números que portaban dos bocas de agua y cuatro extintores de largo alcance, se debatió en varias ocasiones entre la duda sobre si auxiliar a los heridos o continuar avanzando contra el fuego. El número Pedro Ruiz Gómez, perteneciente a esa primera cuadrilla, relató más tarde cómo había visto a varias personas salir a gatas, arrastrándose ahogadas por el humo, tosiendo espasmódicamente, tiznadas y con quemaduras horribles.

—Intentaban huir de la tremenda hoguera como podían —dijo.

Tanto él como otro compañero trataron de socorrer a una mujer cuya falda era una llama viva. Estaba sentada en el suelo, junto a otros cuerpos inmóviles, y profería gritos de dolor. Las medias de nylon se le habían pegado a la piel, ahora negruzca. Con la espuma de un extintor los dos bomberos apagaron las llamas; pero al ir a incorporarla, los dos bomberos y la mujer fueron arrollados por un grupo de personas que salían despavoridas de uno de los túneles del andén. Pisotearon a la mujer en la cara mientras daban saltos para evitar prenderse con pequeños focos de fuego circundantes. La mujer murió allí mismo. Uno de los dos bomberos quedó inconsciente. Fue sacado por el propio Ruiz Gómez, quien estalló en un ataque de nervios manifestado en un llanto sordo.

El segundo frente de bomberos, pertrechado tan sólo con sus máscaras de oxígeno, extrajo a la luz de la calle los primeros cadáveres; en su mayor parte éstos pertenecían a personas que habían perecido por la inhalación de gases y de humos tóxicos.

Cuando al fin los rescoldos que quedaban eran únicamente brasas de acero y metacrilato informe, los servicios auxiliares comenzaron allí mismo su trabajo de catalogación de restos humanos. Los criterios forenses que aplicaron fueron, primero, los de cercanía de los cuerpos al foco de ignición y, segundo, los de unicidad de las piezas.

Muchas veces hubieron de elegir al azar dónde empezaba un antebrazo y dónde acababa la abrasada carne de un torso, indisolublemente pegados entre sí. Rostros irreconocibles como humanos, sin músculo apenas, mostrando la tétrica negrura de un hueso seco; masas encarnadas que eran introducidas en unos sacos de lona gris y de las que había desaparecido todo asomo de ropa o de piel, quedando el amasijo de algo compacto, carbonoso y muy ligero; partes de cuerpos que por la alta temperatura a la que habían estado expuestas se dilataron hasta su licuefacción y posterior fusión con otras partes de otros cuerpos. Todo aquello fue clasificado, enfundado, etiquetado y enviado al depósito de cadáveres del Instituto Anatómico Forense, en la Ciudad Universitaria.

La estación de metro de Gran Vía no se abrió de nuevo al público hasta pasados unos días. Durante ese tiempo, varias patrullas de personal adiestrado por la policía peinó con exhaustividad toda la zona afectada por el incendio. Buscaban cuidadosamente el menor resto humano, el me-

nor objeto, la menor cosa. Cualquier insignificante indicio era etiquetado y guardado. Con lo que se encontró llenaron 233 bolsas de plástico de gran tamaño. Los curiosos que se agolparon en la estación el día que ésta se abrió nuevamente sólo vieron manchas ahumadas sobre la bóveda del techo. Todo lo demás estaba limpio y reluciente, incluida una nueva escalera mecánica.

Durante los siguientes diecinueve días se produjo en la Residencia Sanitaria La Paz el fallecimiento de tres nuevas víctimas, debido a la falta de oxigenación que ocasiona la piel quemada en un elevado porcentaje de su superficie. Transcurridos veintiún días del suceso, casi todos los cadáveres habían sido identificados.

No existió ningún problema en la habitual metodología empleada para ello por los forenses. Los sistemas más fáciles y directos tenían que ver con los objetos metálicos rescatados de los montones de carne quemada: un anillo, unos pendientes, la cadena de un reloj, una hebilla, una cremallera, etcétera. En aquellos casos en que era posible apreciar determinadas señales corporales, como manchas de nacimiento, cicatrices o antiguas roturas de huesos, la identificación, debidamente registrado cada rasgo atípico en una hoja destinada a recoger tales detalles, se realizaba en un lapso de tiempo no superior a dos días. Los necesarios para relacionar positivamente las demandas de desaparición que se presentaban ante la policía con los restos depositados en el Anatómico Forense.

Salvo las tres muertes ocurridas en la Unidad de Quemados los días posteriores al incendio, cuya identificación era obvia, el nombre, la residencia y las personas allegadas (familiares, amigos, conocidos...) de las restan-

tes víctimas fueron surgiendo como en un rompecabezas gracias a las labores detectivescas de la policía.

Consistían éstas en seguir con automática rapidez las pistas coincidentes con las declaraciones tomadas a quienes denunciaban una desaparición o reclamaban un cuerpo: a qué hora la víctima regresaba del trabajo, qué medio de transporte utilizaba, qué camino seguía, qué motivo tenía para estar en la zona, cuándo había sido vista por última vez y qué peculiaridad poseía para una identificación inequívoca.

Sin embargo, siete meses más tarde, en junio de 1981, la policía se vio en la necesidad de hacer pública una noticia que a la vez era una petición de ayuda: en las dependencias forenses quedaban todavía restos de un cuerpo sin identificar que no había sido reclamado por nadie.

Se habían invertido tres mil quinientas horas de concienzudo trabajo para averiguar de quién se trataba. Fue un tiempo estéril, infructuoso. Mediados dos meses del incendio, en el Departamento de Policía sólo se había elaborado un informe sin ninguna precisión y aquellas conjeturas no avanzaban, se estancaban en un lodo que no conducía a ninguna parte.

En los registros forenses del Ministerio del Interior se etiquetó a aquel cuerpo con el número 121 VH.

Sabían que era un cuerpo humano por la forma del bulto, pero sus extremidades se habían redondeado hasta adquirir la lisa línea de un muñón, lo que impidió que sus huellas dactilares se contrastaran con las más de veintitrés millones de huellas que obraban en poder de la policía; no quedaba ni el más mínimo vestigio de piel en toda aquella superficie amoratada; no existía rostro ni algo

parecido a una cara, y en su lugar había una costra negruzca perforada en ciertos puntos por los salientes de los huesos. No se había salvado ninguna de sus pertenencias, si es que llevaba alguna: ni un reloj, ni una cartera, ni una medalla, ni los remaches de los cordones de los zapatos. Nada, sólo un monstruo muerto de sexo masculino.

El informe policial se limitaba a señalar las cuestiones deducibles de la ubicación del cuerpo 121 VH en el escenario de la tragedia. De ese modo, casi con total seguridad, pudieron conocer que, dada la considerable cantidad de su consunción, aquel hombre se encontraba muy próximo al lugar en que se declaró el incendio, muriendo quemado por el fuego y no por la acción de los gases. Tal vez se hallara en los primeros peldaños de la escalera de subida, con intención, por tanto, de salir a la calle, quizá porque había llegado ya a su destino. O puede que estuviese entre el comienzo de la escalera mecánica y las taquillas, recién traspasadas éstas en el momento en que el fuego lo prendió y, en muy pocos minutos, lo consumió mientras se iba extendiendo a las demás víctimas.

La ausencia de datos que posibilitaran una investigación sobre los motivos por los que el cuerpo 121 VH se encontraba en la estación de Gran Vía, o sobre el lugar al que se dirigía (su domicilio, la casa de un amigo o de una amante, su puesto de trabajo, etcétera), o, por último, sobre el hecho de que se tratara de un vagabundo, propició que se planificase una indagación mucho más rigurosa y pormenorizada.

Para ello hubo que contar con médicos forenses especialistas en la aplicación de tecnologías experimentales y métodos avanzados. Por esa razón, el cuerpo 121 VH fue

enviado al doctor Lázaro Montes, patólogo reputado del Hospital Gregorio Marañón, que estaba desarrollando, con resultados muy positivos, una técnica de análisis *post mortem* extraordinariamente compleja.

El tiempo que invirtió el doctor Lázaro Montes en hacer sus investigaciones fue opaco para la prensa. Aquel silencio motivó especulaciones que pusieron en apuros al Gobierno. Éste se vio obligado a desmentir la inaudita noticia de que el cuerpo sin identificar pertenecía a un importante hombre de negocios español del que se desconocía el paradero desde hacía unas semanas. La propia familia del empresario hubo de salir al paso de los rumores para certificar el desmentido del Gobierno. El empresario había sido operado en Estados Unidos bajo gran discreción por conveniencia del mundo financiero. Ahora, por la azarosa irrupción de un cuerpo quemado que nadie echaba en falta, se desvelaba el secreto con que se había llevado a cabo la curación de aquella enfermedad.

La acción del doctor Lázaro Montes se demoraba más de lo deseado para poder dar por finalizada la serie de rumores sobre aquella identidad no descubierta. Se habló en cierta prensa sensacionalista de que el cuerpo era, respectivamente, de un actor homosexual, de un aristócrata emparentado directamente con la Familia Real, de un escritor muy popular y del hijo del presidente de un club de fútbol.

Pero Lázaro Montes no se dejó intimidar por la premura con que los medios de comunicación presionaban a las autoridades. Ejecutó su trabajo con la lentitud que requería construir de la nada un ser nuevo. No obstante, cuando entregó los informes de su investigación, Lázaro Montes explicó a los periodistas que tan sólo había dado «el gran paso de hacer de unas cenizas una hipótesis». El resto, dijo, era cosa de la policía.

El equipo médico que dirigía el doctor Montes llegó a unas conclusiones operativas que se calificaron de «edificantes». Su investigación, que penetraba en los más microscópicos detalles, encendió luces hasta ese momento insospechadas, pálidas en principio, pero lo suficientemente claras como para iluminar aquel oscuro caso.

Los resultados proporcionaron a la policía, por lo menos, los trazos elementales con los que esbozar un punto de partida. Para ello, el doctor Montes y su equipo habían trabajado día y noche con el fin de darle un ser creíble al cuerpo 121 VH. Habían tardado veinticinco días en llevar adelante su trabajo de laboratorio.

Surgieron entonces unos datos útiles, si cabe inicialmente: había una silueta, aunque borrosa, había unas cifras, aunque confusas, incluso se aventuraron deducciones que jamás podrían haberse presagiado ante aquel torso humanoide que le había sido presentado a Montes el 3 de febrero de 1981.

El estudio proporcional de los huesos trajo como consecuencia la aproximación milimétrica a la estatura del hombre sin identificar: medía entre 162 y 166 centímetros. Ni uno más ni uno menos.

Su peso no pasaría de los 74 kilos.

Asimismo, determinando el proceso de envejecimiento de los tejidos del estómago (eje del análisis del doctor Lázaro Montes), se supo que su edad oscilaba entre los cincuenta y los sesenta años.

Era de raza blanca.

Acerca de la hipótesis más valorada por la policía, consistente en atribuir aquellos restos a los de un vagabundo, las conclusiones del equipo de Montes se muestra-

ban contrarias, y evidenciaban una alimentación regular por parte de la víctima: se llegó a esclarecer qué había comido esa mañana, qué equilibrio dietético mantenía, en qué fase de la digestión se encontraba, y si era una digestión sistemática o, más bien, esporádica.

Igualmente las deducciones forenses arrojaron información relacionada con aspectos temporales muy concretos, de gran utilidad para la policía: el hombre no había sufrido la circuncisión, nunca se había roto hueso alguno de las extremidades inferiores ni superiores, posiblemente habría padecido una enfermedad asmática en la infancia, y era fumador empedernido, lo que le habría acarreado trastornos cardiovasculares que, tal vez, él ignoraba todavía cuando murió.

Conservaba en muy buen estado su dentadura, si bien las piezas superiores eran postizas. Esta prótesis y otra hallada en los restos del cerebro facilitaron las primeras evidencias; a partir de ahí los inspectores del Cuerpo Superior de Policía Miguel Batista y Ricardo Esquivel iniciaron una ardua reconstrucción.

La dentadura postiza constaba de catorce engarces. El doctor Lázaro Montes había logrado calcular la frecuencia con que la víctima usaba un dentífrico fluorado, incluso el movimiento que el hombre hacía al restregar el cepillo contra las piezas de porcelana (un movimiento circular, con un notable zigzag en las últimas muelas). Estos detalles alejaban la hipótesis policial de que el hombre no identificado fuese un vagabundo. Según el doctor Montes, los mendigos jamás se lavaban los dientes.

Por otra parte, las piezas presentaban señales de un desgaste irregular, poniendo de manifiesto que se trataba de prótesis insertadas en épocas distintas, y hasta tal vez por odontólogos diferentes. En el armazón de las últimas

muelas de la izquierda estaban grabadas unas iniciales, R. E., que, si bien en otras ocasiones habrían servido para remitir al nombre del paciente o al del dentista, esta vez no fueron tenidas en cuenta por la policía. Sólo intuyeron en ellas una referencia al país en que se había realizado la ortodoncia, «Reino de España». Sin embargo, Batista y Esquivel, encargados de llevar pacientemente cada pequeño indicio hasta sus últimas consecuencias, hicieron publicar una nota de llamada en todas las revistas odontológicas españolas. Especificaban la característica más sobresaliente de las piezas: una inhabitual punta de lanza de 5 milímetros que se prolongaba, en su parte interior, hacia la encía, produciendo un anclaje más profundo.

No hubo ninguna respuesta.

Más solidez tenía para los inspectores la pista que pudiera derivarse del análisis del injerto metálico implantado en el cerebro. La placa de platino reactivo, ligeramente oval, redondeada en el extremo con forma de cabeza de alfiler, pertenecía a la marca japonesa Murakami. Esta empresa venía fabricando desde 1975 prótesis de elevada precisión. En los últimos años se habían implantado 1.423 prótesis de esas características en 49 hospitales, 32 de los cuales estaban situados en el área metropolitana de Madrid. Batista y Esquivel, después de averiguar qué empresa española corría a cargo de la importación y distribución de estas prótesis cerebrales –la Ochoa Ucelay, S.A., con sede en la calle de Ríos Rosas, número 44–, comenzaron a cerrar el círculo en torno a los hospitales que habían llevado a cabo una operación de esa índole con material suministrado por la Ochoa Ucelay en los últimos cinco años, tiempo este que, según Lázaro Montes, correspondía aproximadamente al de la implantación de la diminuta pieza en el lóbulo izquierdo del cerebro de 121 VH.

No hallaron ningún dato determinante. Tan sólo se encontraron con cientos de nombres posibles, con sus direcciones, fichas de la Seguridad Social o de la Policía Nacional, documentación suplementaria, y fotografías en la mayoría de los casos. El incalculable número de confirmaciones y de llamadas telefónicas les llevaría unos cuantos meses de trabajo. Batista dijo más tarde al juez de instrucción:

–El análisis del injerto cerebral estrechó el marco de nuestras maniobras, ciertamente, porque se podía circunscribir la investigación a la búsqueda de un hombre que había padecido una embolia, seguramente entre los años 1974 y 1975, y con toda probabilidad había sido operado en un hospital madrileño.

El doctor Montes incluso estaba convencido de que la hemorragia cerebral de aquel hombre guardaba relación con una desmesurada afición a la bebida. Pero ese marco, a todas luces más reducido ya, no ofrecía la clave del enigma, más bien seguía ocultando la verdad, si es que había alguna verdad.

¿Cuántos casos así habría podido haber en España en los cinco años precedentes? Para los inspectores Batista y Esquivel, sorprendidos por la falta de resultados inequívocos, contestar a esa pregunta no admitía dudas: sólo uno. Y, sin embargo, pese a todo, en los meses que les ocupaba dilucidar tal nombre, no habían conseguido dar con él. El desarrollo de las cientos de fichas facilitadas por clínicas privadas y hospitales públicos se perdía para siempre en un cementerio o en el salón de una casa, en donde, inmerso en su cotidianidad, el hombre investigado aparecía vivo y ajeno a aquella desconcertante pesquisa.

Continuaron, sin embargo, con las últimas, remotas y más inconsistentes posibilidades. Así, abrieron una encuesta entre el personal de las compañías aéreas con oficina en el aeropuerto de Barajas. Se examinaron minuciosamente los registros de las agencias de viaje y de la compañía Aviaco, una de cuyas azafatas creyó recordar a un pasajero que, en el vuelo de Valencia a Madrid, había aludido a una operación en el cerebro. «Por su culpa no me dejan beber ni gota de alcohol», habría dicho ese individuo. La frase se le quedó grabada a la azafata, pero no pudo aducir en qué vuelo la escuchó, ni en qué fecha. El dato, pese a todo, era de una gran debilidad y no se investigó.

La urdimbre informativa que tan lenta y trabajosamente habían tejido los dos inspectores se había ido acumulando en un portafolios de cartón; en su cubierta figuraba el número y las letras asignadas al cuerpo que nadie reclamaba: *I 2 I VH*. Un poco más abajo, habían escrito a mano: *EN CURSO*. Quien abría la carpeta, se veía al poco rato en medio de una inquietante red de misterios.

Una síntesis de dos hojas acerca del caso se envió como circular a las Comisarías de todo el Estado. La misma se publicó en las gacetas policiales, y se clavó en todos los tablones de anuncios a los que tenía acceso la policía, desde las iglesias hasta las prisiones.

Siete meses después del incendio sólo llegaba el silencio como único eco de sus llamadas. Esto condujo a los inspectores Miguel Batista y Ricardo Esquivel a cambiar el rumbo de su búsqueda.

Trazaron un círculo con un grueso lápiz rojo sobre un mapa de Madrid. El centro de la circunferencia se situó

en la estación de Gran Vía y en la colindante plaza de la Red de San Luis. El círculo comprendía las diagonales invisibles que pueden tirarse desde el principio de la calle O'Donnell hasta la Plaza del Callao, y desde la Biblioteca Nacional hasta los aledaños de La Latina, no más allá de la calle Colegiata.

Los dos inspectores prefirieron dejarse llevar por la intuición, por el impulso que emerge de la experiencia tras muchos años sacando a la luz lo oscuro y brutal de los actos humanos. Su olfato de sabuesos nunca les había defraudado en otras ocasiones. Era su mejor caudal, su valía como detectives. Sus jefes les habían felicitado por ello en casos anteriores. Dar crédito a esos impulsos ilógicos podía venir muy bien ahora, cuando todas las técnicas lógicas estaban fallando. No obstante se veían obligados a seguir las directrices oficiales, por eso no podían eludir la hipótesis preferida por sus superiores: la de zanjar el asunto concediendo a los restos del cuerpo 121 VH la identidad de un vagabundo, por mucho que esto contradijera las tesis del doctor Montes. Pero tampoco se resignaban a aceptarla sin intentar siquiera métodos más tradicionales.

Por ese motivo, Batista visitó los sucios despachos de las sociedades benéficas dedicadas a recoger ancianos errabundos que pululaban por las calles al límite de sus fuerzas. No prometía buenos augurios para el inspector descifrar el intrincado galimatías que eran los registros de estancias y de ausencias en los hogares de esas sociedades repartidos por la ciudad y alrededores. Su dedo, al pasar de corrido por las hojas acartonadas de aquellos registros, se topaba con frecuencia con algún nombre al que seguía la palabra *DESAPARECIDO* estampada en tinta roja.

La palabra estaba impresa un elevadísimo número de veces, por eso supuso Batista que el azar, realmente, bien podría haber conducido a cualquiera de esos harapientos a la estación de metro de Gran Vía en tan fatídica hora. Aun así, preguntó por la calidad de la comida que se distribuía gratuitamente en aquellos hogares, y se mostró muy interesado en saber si ofrecían cepillos de dientes a los mendigos y si tenían constancia de que éstos los usaran.

Mientras el inspector Miguel Batista averiguaba el proceder de los responsables de los asilos benéficos, su compañero Esquivel se adentró por la más difícil búsqueda de ir casa por casa. Una labor rutinaria que cansaba demasiado, en la que el agente de policía no podía permitirse ni un minuto de descuido.

Logró de esa manera, en poco tiempo, hacerse con una nómina de desapariciones abrumadora. Más de la mitad de esas desapariciones nunca había sido denunciada; a lo sumo había supuesto la felicidad de una familia libre de un anciano inútil, o el desinterés armónico de amantes que, superada la satisfacción de las primeras épocas, habían caído en lo más bajo del odio: la indiferencia.

De todos aquellos nombres de desaparecidos, en ocasiones probablemente falsos, el inspector Esquivel reparó con especial atención, de modo súbito, en un expediente traído a su mesa por casualidad. La intuición, nuevamente, empezaba a funcionar como un reloj puesto en hora. El sexto sentido de Esquivel, propio de un cazador astuto, dio la alarma.

El nombre, escrito con mayúsculas sobre la línea punteada de la etiqueta adhesiva, estimuló su curiosidad: FEDERICO SAMBIDE.

Esquivel, arrastrado por su carácter inquieto y dado a extremismos que no estaban exentos de una fe incontralada, como si su mejor don fuese el de esos seres que ven a las personas y los objetos detrás de un muro de piedra, creyó haber encontrado por fin un nombre que encendía su particular lámpara para las pistas verdaderas.

Esa mañana salió de la Comisaría de la calle de la Luna para dirigirse al restaurante chino donde solía comer a diario. Iba con un gesto feliz en su sonrisa. Entró antes en un estanco y pidió una cajetilla de Ducados. Aprovechó para mandar rellenar su encendedor de gas. Cuando salió y prendió un cigarrillo, miró hacia la lluvia de mediodía y se dijo: «Ése es el hombre. No sé cómo lo sé, pero lo sé». Luego comió arroz a las tres delicias con buen apetito.

Aquello sucedió el 4 de septiembre, diez meses después del incendio.

La denuncia tenía fecha del 29 de diciembre del año anterior, y había sido tramitada por el conducto ordinario en la Comisaría de la calle de la Luna, donde se había traspapelado junto con un paquete de multas de tráfico y otros encausamientos de menor importancia.

Unas horas después de que aquel expediente cayera en sus manos, el inspector Esquivel se hallaba frente al número 12 de la calle de Recoletos. Era una casa aparentemente modesta edificada en la época isabelina a tres calles de la cara oeste del Museo Arqueológico. Sambide estaba domiciliado en ella.

Las respuestas de los inquilinos a las preguntas del inspector fueron, en un principio, esperanzadoras. Pero pronto pudo comprobar Esquivel que la información de que disponían los vecinos del desaparecido Sambide no

era abundante, y a veces incurrían en demasiadas contradicciones.

En realidad lo conocían muy poco y uno o dos habían llegado al extremo de mediar con él algunas frases de mera formalidad. Nadie había entrado jamás en su piso. Tan sólo les cabía la certeza de que había vivido muchos años en Estambul. Sólo lo visitaba cada cinco o seis meses la asistente social encargada de tramitar y controlar los cobros del alquiler de los pisos. El de Sambide, como todos los del 12 de la calle de Recoletos, estaba arrendado al Ayuntamiento.

Los más elementales rasgos físicos se adecuaban bastante ajustadamente a los que figuraban en el informe que el doctor Lázaro Montes había elaborado acerca del cuerpo 121 VH: rondaría los cincuenta y cinco años, no encajaba en la categoría de los vagabundos mal alimentados y pertenecía a la raza blanca.

Ningún vecino fue capaz de decir que hubiera visto a Federico Sambide especialmente bebido, ni nadie se había percatado de que fumara o de que, por el contrario, no lo hiciera. Tan sólo una mujer casi octogenaria, inquilina del piso inmediatamente superior al de Sambide, recordaba sin exactitud que la primera y única vez que habló con él, éste hizo mención de sus dolores de cabeza. En aquella ocasión a él se le cayeron por la escalera diversos frascos con aspirinas y tuvo que agacharse para recogerlos. La anciana se acordaba de que Sambide resoplaba por el esfuerzo.

No obstante, había algo en lo que coincidieron todos aquellos vecinos con quienes habló Esquivel, algo que alejaba definitivamente las expectativas de que Federico Sambide fuera la identidad buscada. Cuando el inspector

los interpeló sobre la estatura de Federico Sambide, unánimemente y evitando la mirada directa del policía, todos respondían: «El señor Sambide era tuerto». Federico Sambide, por lo que supo Esquivel, tenía un parche en un ojo. Cuando tiempo después el juez instructor le preguntó por este asunto, Esquivel contestó:

–Aquella característica tan notable no le podría haber pasado desapercibida al doctor Montes ni a nadie de su equipo de forenses. Por eso taché a Sambide de la lista. Mi intuición me dijo que era imposible que el cuerpo 121 VH y ese tuerto fueran la misma persona.

Ricardo Esquivel, ayudado de nuevo por Miguel Batista, continuó su búsqueda por otras calles y otras casas de la misma zona. Sin embargo, cierto desencanto se había adueñado de él; la aventura excitante de reconstruir no ya una vida sino todo un cuerpo físico y tangible para esa vida era ahora una penosa y vulgar recolección de inútiles eslabones destinados a una cadena sin fin. No había vuelto a reproducirse la llamarada intuitiva que alumbró todo el caso al leer en aquel expediente el exótico nombre de uno de los miles de desaparecidos que se amontonaban en las sombras de su enorme ciudad. Estaba desalentado, sin ánimo ni convencimiento.

Una tarde volvió al 12 de la calle de Recoletos, en esa ocasión con un permiso judicial y con agentes que forzaron la puerta del cuarto piso.

Lo que hallaron en las tres habitaciones de que se componía el apartamento causó un enorme asombro en el inspector Ricardo Esquivel.

Las paredes de los tres cuartos eran muy altas; estaban cubiertas literalmente por estanterías que terminaban en

el techo; cada estante rebosaba de libros desordenados, con papeles amarillentos sobresaliendo de entre sus páginas, desgastados por el uso, abiertos y doblados por la parte en que se abandonó su lectura. Poco más que esos libros había en la casa.

Un viejo catre sin patas ni cabecero hacía las veces de cama, tirado en uno de los rincones de la única pieza que no daba a la calle y que se oreaba por medio de un ventanuco comunicado con el descansillo de la escalera; una escribanía antigua en mal estado, adquirida tal vez en alguno de los muchos mercados callejeros de muebles de ocasión; un par de sillas, una de las cuales apenas si delataba la forma de un respaldo, de tan repleta como estaba de libros y de folios arqueados, dorados por el paso del tiempo.

El resto de los objetos que había allí eran volúmenes y volúmenes de todas las épocas y de todas las lenguas. Esquivel leyó al azar algunos lomos: *Scènes de la vie de province*, de Balzac, *Viajes y descubrimientos del Pacífico*, de Navarrete, *Atlas Geographico del Reyno de España*, de Thomas López. Leyó los nombres de Valera, Lope de Vega, Goethe, Racine, Boileau. Leyó con más detenimiento este título: *L'Analyze des Echecs contenant une Nouvelle Méthode pour apprendre en peu de temps à se perfectionner dans ce Noble Jeu*, cuyo autor era un tal Philidor.

Dar un paso por las habitaciones entrañaba ciertas dificultades. Cuando no se desmoronaba una pila de libros, otra atada por unas cintas negras se tambaleaba viniendo a inclinarse sobre una tercera más resistente. Y en los senderos en que parecía no existir libro alguno, un incalculable número de periódicos atrasados, pliegos sueltos, revistas y folletos de toda clase, impedía ver las baldosas

del piso, alfombrando ese camino y produciendo el ruido inequívoco del papel al desgarrarse.

Un horno eléctrico y un mueble al lado del lavabo, en el que se guardaban unos platos y unas cazuelas negruzcas, eran toda la cocina, grasienta y con un ostensible aspecto de abandono. Ni Esquivel ni los dos agentes que lo acompañaban encontraron ninguna ropa ni prendas de vestir, ningún armario, ninguna maleta. En su relato posterior, Esquivel dijo al juez:

—Me llamó la atención que nadie hubiera hecho referencia a la posible barba de Sambide, ya que busqué inútilmente una brocha, una maquinilla de afeitarse y sobre todo un espejo. Claro que podía afeitarse fuera de casa. Pero es más lógico pensar que no se afeitaba, ni fuera ni dentro y, por tanto, se habría dejado crecer la barba. Tampoco había un cepillo de dientes.

A medida que se liberaba del atrozamiento sentido al principio en aquel lugar que olía a seco y a polvo, Esquivel se demoraba más en los detalles. Así, al abrir un volumen cualquiera, como el titulado *Costumes*, de los hermanos teutones Cristhianus y Cornelius Suhr, le produjo cierto estupor comprobar que todos los márgenes y resquicios de entrelíneas estaban plagados de anotaciones manuscritas en una letra menudísima, como si alguien hubiese vuelto a escribir un nuevo texto debajo del texto impreso.

Esquivel abrió otro (*Los siete libros de Flavius Josephus*), y otro (*Tales of a traveller*, de Geoffrey Crayon), y otro (*Sextus decretalium liber*, de Egidio Perrino), y otro más (*The Tapestry Hangings of the House of Lords*, de John Pine), y en cada libro esa operación de amanuense miniaturista se repetía invariablemente en cada página, en las miles de páginas que allí habría.

El inspector también se topó con libros muy antiguos,

de los siglos xv y xvi, lo que le llevó a intuir la posibilidad de que buena parte de aquella heteróclita biblioteca proviniera de escogidos y meticulosos robos; pero no tenía pruebas, e inventariar aquella copiosa cantidad de libros que lo rodeaba inquietantemente habría sido un trabajo precipitado aún.

Federico Sambide no era un delincuente, no estaba denunciado ni lo perseguía la justicia. Tan sólo había desaparecido, y sus vecinos, guiados por alguna cívica o incívica precaución, habían notificado el hecho a las autoridades. Nada más.

Ricardo Esquivel continuó husmeando. Sobre la mesa había una alta columna de carpetas llenas hasta los topes de papeles mecanografiados en varias lenguas, pero tampoco halló ninguna máquina de escribir. Esquivel reconoció la grafía del francés, del italiano y del español; las letras de otras muchas páginas pertenecían a idiomas ignotos para él, como el húngaro, el armenio o el turco.

Apartó por azar una de esas carpetas; los textos que había en su interior, no demasiado extensos, estaban escritos en español.

En la carpeta se leía:

**UNA SOLUCIÓN IMPREVISTA  
DEL CASO DE LAS ASESINADAS DEL RETIRO,  
POR EL INSPECTOR AGUSTÍN FERRÁN,  
CARTA COPIADA POR FEDERICO SAMBIDE,  
QUE LA TUVO EN SU PODER,  
MÁS UN PREÁMBULO DE ÉSTE ÚLTIMO**

Aquella inscripción despertó ávidamente la curiosidad del policía. Se metió los papeles debajo de su abrigo con naturalidad, pero temió ser observado por los agentes. Pensó que hacía algo indebido. Miró a su alrededor. La actitud de los agentes era despistada, impaciente, deseosa de salir de una vez de aquel extraño lugar que tanto olía a papel húmedo y a excremento de rata.

Esa noche Ricardo Esquivel invitó a su amigo Miguel Batista a cenar en su casa. Cenaron una *pizza* y cervezas. Ninguno de los dos sabía cocinar. Después leyeron juntos aquel manuscrito en el propio salón de la casa de Esquivel. Antes se sirvieron vodka con naranja.

Cuando Miguel Batista hubo de hablar de este asunto mucho tiempo después delante del juez instructor, contó que su compañero Esquivel, basándose en el texto de Sambide, le informó primero acerca de la persona de Agustín Ferrán:

—Fue uno de los inspectores encargados de arrojar luz sobre las tinieblas de los crímenes del parque del Retiro, en el otoño de 1959, el más famoso otoño que vivió jamás ese parque de Madrid, cuando se cometieron las atrocidades atribuidas al asesino de prostitutas que apodaron entonces, y no sé por qué, como *El Guapo*.

Luego Ricardo Esquivel prosiguió con la lectura del preámbulo de Sambide.

Según se decía en él, Ferrán mantuvo correspondencia con un periodista chileno llamado Vicente Galarza. Esa correspondencia databa de 1966, hacia el final de la vida de Ferrán, y Sambide sólo tuvo en su poder una o a lo sumo dos de esas cartas. Esquivel leyó a su compañero Batista el final del preámbulo: «Como se sabe, oficial-

mente el caso de los crímenes de *El Guapo*, quienquiera que éste fuese, no se resolvió nunca, y el tal *El Guapo* pasó a la historia por ser un misterio verídico y falseado a la vez».

Según la exposición de Sambide en aquel preámbulo, esa indefinición entre la verdad y la mentira era su terrorífica grandeza.

Evocaba Ferrán en su carta el inicio de su descubrimiento fechándolo en un día de abril del año 1960, tal vez el 15 o quizás el 25. Todo comenzó cuando esa tarde...